

ECO DEL SEGURA

AÑO V.

CIEZA 28 FEBRERO DE 1909.

NÚM. 195.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, LORCA, LA UNIÓN, ÁGUILAS, ORIHUELA, MAZARRÓN, CIEZA, CARAYACA, MELILLA Y HELLÍN

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior	Ptas. 9.274.390'33
Imposiciones durante la semana	302.425'09
SUMA	Ptas 9.576.815'42
Reintegros	228.311'51
SALDO	Ptas. 9.348.503'91

Cartagena 20 de Febrero de 1909.

SUCURSAL DE CIEZA. HORAS DE DESPACHO

CAJA: De 9 y 11² á 1, y de 3 y 11² á 4 y 11²
OPERACIONES Y GIROS: De 10 á 1.

DE ACTUALIDAD

Pasó el Carnaval con su orgía, su desenfreno y sus bailes anatematizados y censurados; pasó el Carnaval con sus estruendosas mascaradas y sus destemplados dosos gritos, de *no me conoces*; pasó el periodo del imperio de la libertad sin dique, y avanza severa, grave, triste y enlutada, la Cuaresma.

Hoy es el Domingo primero de esta, y la Iglesia tan sabia como cariñosa madre, nos invita á la oración y al recogimiento, con sus lastimeros cantos y sus oraciones y rezos.

«Tras de la tempestad viene la calma, y tras la calma viene la atonía,» dice el poeta; y en efecto, así como tras un día de niebla espesa y oscura, aparece más espléndido el sol, cuando esparce por los ámbitos mundiales los poderosos haces luminicos de su brillante luz, del igual modo el espíritu que en estos días vivió en perpétua bacanal, altamente debilitado por el desgaste propio de sus flácidas fuerzas, se entrega al reposo, y reconoce cumplidamente su error, haciendo resplandeciente y hermosa la luz de la verdad, que hace alejarse humillada y llena de vergüenza á la mentira, que se vistió con las galas pomposas del regio traje de aquella.

Ayunos, privaciones, mortificación y quietud, es lo que manda en estos días á los cuerpos, que durante un año disfrutaron de hartura y libertad.

El Miércoles de Ceniza, primer día, realmente dicho de ella, se impone al pueblo cristiano en la frente la ceniza, recordando á los hombres aquella frase tan tremenda como sabia, y tan temible cuanto axiomática: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*. Acuérdate, hombre, que eres polvo y que en polvo te has de convertir.

Del hombre, que hoy se contempla

poderoso en todos los órdenes de la vida, mañana, su poder, su valor, su valimiento, su energía, su grandeza, quedarán reducidas á un puñado de polvo; polvo que se pierde al más ligero de los contactos y se expande por las etéreas capas de la impalpable esfera al más debilitado soplo.

Allí, en el sepulcro oscuro, de frio llano, de sombras plétórico, de humedad henchido, acaban las glorias, los honores, las riquezas, el poder y la fortaleza; y, allí, no hay distinción entre el pobre y el rico, entre el ignorante y el sabio, entre el púber y el senecto.

Allí todos somos iguales; allí no hay alcurnias ni blasones; allí todo tiene el mismo nivel; allí no se vé otra cosa, que un montón informe de ruinas, remedo triste del suntuoso y soberbio palacio de la vida humana.

Porque nuestras vidas, como nos dice el inmortal Jorge Manrique,

... son los rios
que van á dar en el mar,
que es el morir;
allá van los señorios
derechos á se acabar
y consumir.
Allí los rios caudales,
allí los otros medianos
y más chicos
allegados, son iguales;
los que mueren por sus manos
y los ricos.»

«Acuérdate, hombre, que eres polvo...!», dice la sentencia, recordando al rico que, de sus bienes, es sólamete administrador, y mandándole que sea dadivoso con el pobre, del que ha de calmar las tristezas con sus sanos consejos, las penurias con su benéfico apoyo, las hambres con su óbolo de caridad, y que ha de secar la ardientes lágrimas vertidas por el desgraciado, con su mano; acto noble santificado por la caridad divina del Todopoderoso.

«Acuérdate, hombre, que eres polvo...!», dice la sentencia, aconsejando al

pobre que tenga respeto, samisión y obediencia á sus superiores; aconsejándole paciencia para soportar la humillación y el vejámen á que sea sometido por el que, mediante sus servicios, le dá de comer.

«Acuérdate, hombre, que eres polvo...!», dice al sabio, para que, engreido por sus talentos, no desprecie á los que no alcanzaron su sabiduría, en un momento de soberbia reprochable. Que los sabios miran, por desgracia, á los ignorantes, no como hermanos, que todos lo somos, sino como plantas exóticas de invalorable alguno.

«Acuérdate, hombre, que eres polvo...!», repite la sentencia, al esposo para que trate con amor á la que el Cielo le dió por compañera, y á la esposa para que respete y adore á su esposo, con la humildad y respeto que se merece y á que es acreedor.

«Acuérdate, hombre, que eres polvo...!», dice la sentencia al padre, poniéndole de manifiesto el estrecho deber que tiene de guiar, de reprender, de educar y de corregir á sus hijos, inculcándoles la convicción de la bondad de los principios morales, la rectitud de las sanas costumbres, el temor al faltamiento de las leyes y el odio al vicio y á la holganza.

«Acuérdate, hombre, que eres polvo...!», dice al hijo, recordándole la ciega obediencia que debe á sus padres, el amor que debe guardar á sus iguales, el respeto que ha de tener á sus superiores y la caridad y el fraternal cariño que ha de profesar á sus inferiores.

Y á todos, en fin, altos y bajos, pobres y ricos, ignerantes y sabios, jóvenes y viejos, á todos á todos manda y enseña, esta terrible ordenación, que no somos nada; que el orgullo, las vanidades, las soberbias, las grandeas, los poderíos, los honores, todo, como antes decimos, acaba con la muerte, y con la muerte se extermina.

Todo lo grande de la tierra, al llegar á fundirse con la tierra, descende á

ser pequeño, y todo lo pequeño se eleva á los palacios de lo grande.

«Acuérdate, hombre, que eres polvo y que en polvo te has de convertir!»

R. M.^a CAPDEVILA.

JOYAS LITERARIAS

Un buen juez, mejor testigo

Tradición de Toledo

III

Concluirá.

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado había,
Mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.
Lloraba la bella Inés
Su vuelta aguardando en vano;
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los piés
Do puso el galan su mano.
Todas las tardes venia
Después de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedia
La vuelta del español,
Y el español no volvía.
Y siempre al anochecer,
Sin dueña y sin escudero,
En un manto una mujer
El campo salía á ver
Al alto del *Miradero*.
¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que el se abruma
Al ausente ha de pesar!
La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto dón,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en celos,
Que abrasan el corazón.
Si es cierto lo que se espera,
Es un consuelo en verdad;
Pero siendo una quimera,
En tan frágil realidad

